

casa encendida, escrita por y para sus padres, en función de ellos, pensando en esa mirada que le lacraba, para que esa mirada de sus padres –y ese paso en el latido de la sangre del poeta–, y todo cuanto esté escrito detrás de ella, de aquella letra de la que no es fácil despertar, quedase escrito para siempre. Así, *La casa encendida*, en su versión de 1949, podría interpretarse –pese a la dedicatoria a su mujer, María Fouz– como un hondo homenaje, una crónica memorística-epistolar tributada a la memoria de sus padres –aunque el peso y el poso de la huella materna cala mucho más hondo, se percibe claramente en todas y cada una de sus partes–. En estos versos el poeta nos lo testimonia de un modo diáfano. En ellos podemos descubrir el sentido último del libro: la escritura de esta obra como una forma de homenaje y envío epistolar póstumo en la que el poeta recupera, para sí mismo, para sus padres y para siempre, la memoria común, reunida y total.

El recuerdo de la madre adquiere mucha más consistencia, frente al del padre, en la primera versión de *La casa encendida*. El poeta no ha dejado de mencionarla y evocarla a lo largo de todo el poemario. La madre simboliza la infancia, el pasado, el origen, la palabra revelada, la plenitud de los recuerdos. Por el contrario, el perfil del padre queda mucho más desdibujado –de ahí que en el texto se afirme: «sigues teniéndome en tu voz como un poco de azúcar desleída» [47]–; se trata de un personaje secundario, del cual, en la versión de *La casa encendida* de 1949 apenas destaca característica especial alguna, salvo su nombre, que repite en numerosas ocasiones, antes de cerrarse el libro. Hasta llegar a la cuarta parte, las dos versiones de *La casa encendida* –1949 y 1967– no distan demasiado entre sí. La mayoría de las modificaciones que Rosales introduce entre una y otra tenían como objetivo primordial potenciar la expresividad poética, evitar la excesiva abstracción, fomentar la concreción, la sencillez de las imágenes, dispensándole una mayor claridad al poema. Mientras a lo largo de la versión de 1949 la presencia de la madre es constante y substancial, la del padre, por el contrario, apenas aparece sino al final, y el poeta lo describe no sólo más brevemente, sino de una manera mucho más anodina. Resulta evidente que a Rosales le había quedado esta asignatura pendiente, de modo que, cuando retomó el libro años más tarde no sólo quiso resolver esta deuda contraí-

da con la memoria de su padre, sino que pensó que todo aquello que le había quedado por decir en 1949, que había pensado añadir entre 1949 y 1967 y que no había agregado a la obra en los capítulos precedentes lo haría ahora, en esta amplificación final, para que en ella *La casa encendida* alcanzase su cumbre, y de ese modo su ofrenda póstuma –que esta vez incluiría un más sentido homenaje al padre– fuese mucho mayor, más justa y cabal. Consciente de la inconsistencia con la que había descrito el perfil paterno en la primera versión de *La casa encendida*, el poeta decide desagrar su memoria. Si en la versión de 1949 el dolor –ámbito de la revelación existencial– se asociaba a la madre, y la serenidad, el gozo, al padre; y ambos –dolor y alegría– se presentaban unidos en el espacio común de la infancia, en esta versión amplificada advertiremos que Rosales avanzará una estación más allá del trayecto adonde nos había conducido en la versión de 1949.

Por otra parte, como indicamos anteriormente, existen obvios paralelismos entre la cuarta parte de *La casa encendida* y aquellos poemas finales que habrían de componer la estructura primigenia de *Rimas*, una serie de composiciones en las que la preocupación sobre la mismidad o la alteridad se ampliaban al yo entre otros, al resto de la humanidad, en una suerte de comunión del yo poético con la naturaleza, la materialidad, que trascendían su condición humana y le vinculaban con la totalidad del universo en torno. Este sería por tanto el último de los temas centrales de *Rimas*: la reflexión del yo poético sobre el miedo, el dolor, la muerte –los orígenes, la raíz esencial de la existencia– unida a la idea de un tiempo cíclico y eterno, mostrando la existencia con tintes sagrados y con un cierto aire panteísta. No todos estos temas se apreciaban con nitidez en la primera versión de *La casa encendida*: faltaba la comunión con la naturaleza, con la materialidad; el universo del yo poético se centraba fundamentalmente en los personajes con los que se iba encontrando a lo largo de las distintas estancias, mientras que en la edición de 1967 se hacía más extensivo al resto de la humanidad. En esta ampliación Rosales profundizará hondamente no sólo en los aspectos que no había atendido suficientemente en la versión primitiva, sino que también lo hará en aquellos que sí trató en su momento. De este modo la comunión del sujeto lírico con la naturaleza y la materia, trascen-

diendo su condición humana y vinculándole con la totalidad del universo en torno se tornará mucho más límpida y explícita en esta segunda y definitiva versión de *La casa encendida*. De este modo en el final de 1967 el yo poético abre su corazón a «todos los hombres que han pisado la tierra» [48], se diría que en él Rosales –dicho en *Rimas*– ha buscado ir creciendo hacia la tierra, se ha desarrollado hasta abarcar un espacio más amplio, no ha querido limitar su corazón sólo a aquellos que le habían acompañado en su recorrido por las diversas estancias de la casa, sino que ha dejado que la casa abriera infinitamente sus ventanas «y hoy ya junto a vosotros, crece y se agranda hasta borrar el mundo» [49].

NOTAS

[1] Si bien a finales de los años noventa fueron publicadas admirablemente sus *Obras Completas* (Ed. Trotta, Madrid, VI vols., 1996, 1997, 1998), y cabe alegrarse de la reciente aparición de dos destacadas antologías poéticas (*El naufrago metódico. Antología*, ed. de Luis García Montero, Ed. Visor, Madrid, 2005; *Antología poética*, ed. de Enrique García-Máiquez, Ed. Rialp, Col. Adonais, Madrid, 2005), cuesta adquirir –a menos que se recurra a las librerías de viejo– la gran mayoría de sus títulos principales de modo independiente, por no hablar del enorme vacío que supone la necesidad de una buena colección de ediciones críticas de sus obras señeras.

[2] Véase el «Portal» que encabeza Segundo Abril, Ed. Fuentetodos, Zaragoza, 1972, p. 11.

[3] No es la primera vez que emprendemos esta tarea, véase MONTETES MAIRAL, Noemí, «Luis Rosales: una poética de la memoria (génesis poética y crítica)», Moenia. Revista lucense de lingüística y literatura, Universidade de Santiago de Compostela, vol. 4, 1998, pp. 235-256; «Isabel la Católica: del mito imperialista al mito humanizado», en Túa Blesa (ed.): Mitos (Actas del VII congreso internacional de la Asociación Española de Semiótica, Universidad de Zaragoza, 4-9 de noviembre de 1996), Zaragoza, 1998; «Lorca en Rosales: la palabra incendiada y la palabra encendida», en Federico García Lorca, clásico moderno (1898-1998), Congreso Internacional, 25-29 de mayo de 1998, Andrés Soria Olmedo, María José Sánchez Montes, Juan Varo Zafra (coord.), Ed. Diputación Provincial de Granada, Granada, 2000; «Pablo Neruda, emblema y precedente», vol. II de las Actas: Literatura de las Américas (1898-1998), ed. de Juan Carlos González Boixo, Javier Ordiz Vázquez y María José Álvarez Maurín, Ed. Universidad de León, León, 2000, pp. 803-820.

[4] «Cada verso va un poco más allá –sólo un poco más allá– que el anterior. Pero a veces tropieza en una palabra y tiene que volver atrás, tiene que volver a